

EPISODIOS
DE LA REVOLUCION
ESPANOLA

FONDO ANTIGUO

A-3337

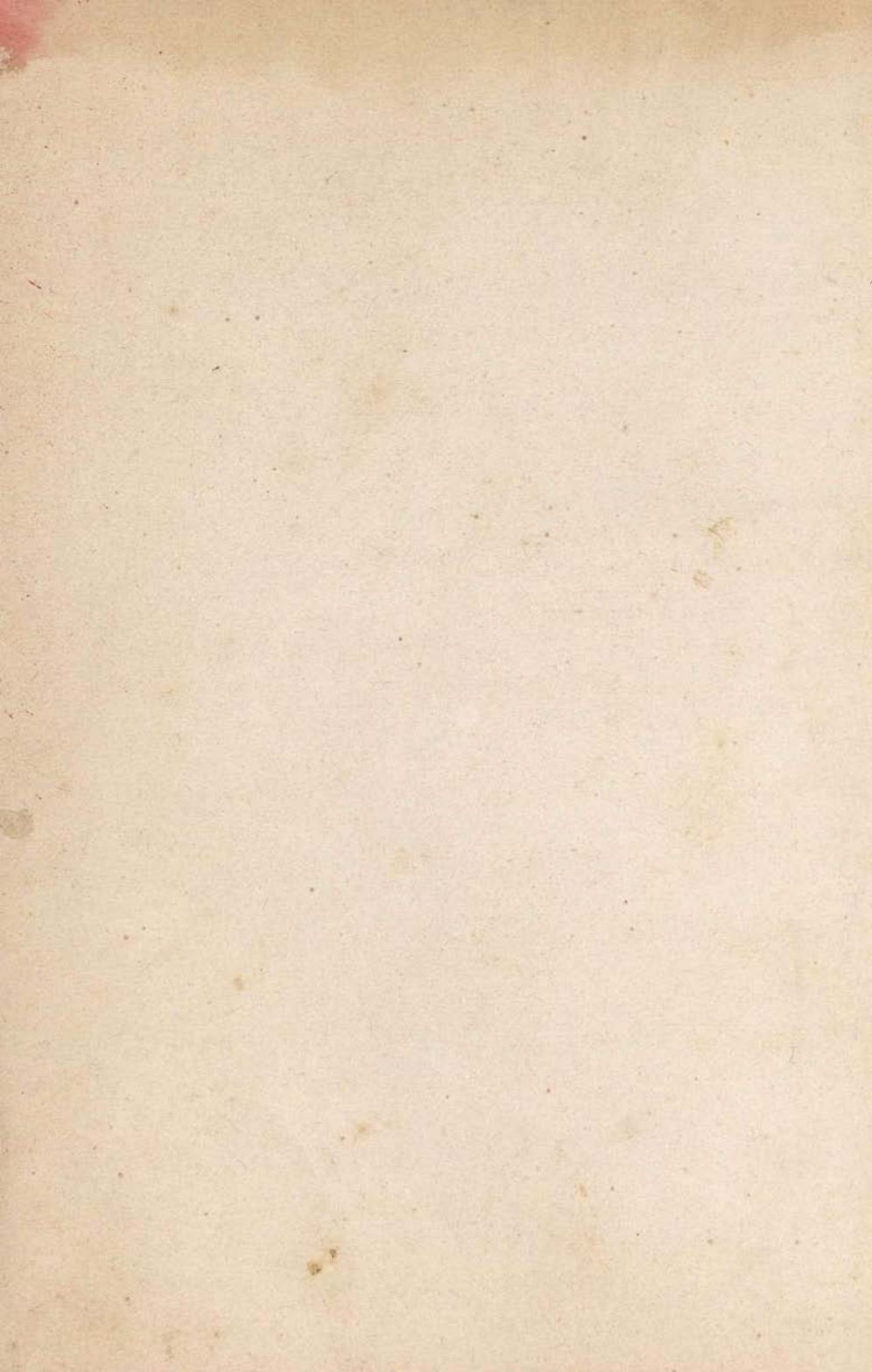
Bib. Regional



8XC

E 10

†



EL LLANTO DE SANGRE.



Es propiedad.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

Imprenta de M. P. Montoya, calle de San Cipriano, 1,
esquina á la de Isabel la Católica.

ROBLES Y COMPAÑIA, EDITORES

EPISODIOS DE LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

V

—
EL

LLANTO DE SANGRE

NOVELA ORIGINAL

DE
D. VICENTE MORENO DE LA TEJERA

ADMINISTRACIÓN
Magdalena, 13
MADRID.

EPISODIOS

DE LA

REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

TOMOS PUBLICADOS

- I. **La sangre de un héroe** (22 de Junio de 1866).
- II. **Los mártires del presidio.**
- III. **El juramento de muerte.**
- IV. **La mina de fuego.**
- V. **El llanto de sangre.**

EL LLANTO DE SANGRE.

CAPÍTULO PRIMERO.

Grupos y rumores.

Extraordinaria animación reinaba en las calles de Madrid.

Por todas partes se veían grupos, corrillos, y un ir y venir de gentes que parecían apresuradas y que realmente no hacían más que recorrer los grupos, tal bullicio, en fin, que sin miedo de equivocarse bien se podía asegurar que algo extraordinario agitaba á la población.

Todos los rostros estaban placenteros; en todos los labios se dibujaba una sonrisa.

Los horteras ociosos, á las puertas de sus tiendas, tomaban parte en la general animación, los transeuntes se paraban y se hablaban sin conocerse.

Y en seguida se acercaba un tercero, y ya quedaba formado el núcleo para una nueva reunión.

En vano la autoridad había dicho en las formas descorteses que le eran habituales:

«Ordeno y mando:

«No se permitirán grupos de más de tres personas.»

Etc., etc.

Esta especie de *ukase* despótico se había publicado por costumbre, y no porque las autoridades se consideraran con fuerza moral para obligar á su cumplimiento.

Y el bando servía de chacota al pueblo, y las gentes se reunían en grupos tan numerosos que llegaban á impedir la circulación en la vía pública.

Sobre todo en la Puerta del Sol, calle de Sevilla y Carrera de San Jerónimo, era imposible dar un paso.

La guardia veterana era, según costumbre, la encargada de la conservación del orden.

Y por esta vez no acudió á su habitual recurso de repartir palos y mandobles.

Con extremada cortesía los guardias se acercaban á los grupos, diciendo:

—Señores, tengan la bondad de retirarse.

La autoridad mostraba educación.

¡Fenómeno inaudito en España!

¿A qué se debía este fenómeno?

El grito de—Libertad—había resonado en Cádiz, y la escuadra, la guarnición y la heroica ciudad confraternizaban, y declaradas en abierta rebelión contra el poder central, hacían un llamamiento á España entera para consumir la obra revolucionaria.

Con la rapidez con que se propaga un incendio se propagó aquella insurrección, que desde los primeros momentos se presentaba victoriosa.

Sevilla y Granada, por una parte, Santander y Béjar, por otra, respondieron instantáneamente.

Diríase que España entera estaba en ebullición.

En Madrid la agitación era extraordinaria, y todo se volvía buscar, propalar y exajerar noticias, que eran discutidas y comentadas con viveza.

Que la reina estaba en Lequeitio y se había trasladado á San Sebastián.

¿Para qué? Para estar más cerca de Francia.

Preparaba la huída.

Esto era indudable.

Que González Bravo acababa de presentar la dimisión, huyendo á Francia cobardemente, como quien dice:

—Ahí queda eso.

¿Y aquella energía, aquella arrogancia, aquellos alardes de poder?

Que el general don Manuel de la Concha estaba encargado de la formación de un Ministerio que representara una transacción.

Era muy tarde.

Que el marqués de Novaliches organizaba un ejército para salir al encuentro de los sublevados.

Y la gente decía que Novaliches era un general de salón...

Por nuestra parte, conste desde ahora que no queremos ofender ni molestar siquiera al marqués de Novaliches.

No somos competentes para juzgar de sus talentos militares.

Solo podemos juzgarle como caballero, como hombre de pundonor, y debemos decir que cumplió como bueno y leal.

Decíase también que el príncipe de Girgenti, esposo de la infanta Isabel, llegaba á ponerse á la cabeza de su regimiento de húsares de Pavía, que iba á formar parte del ejército de Novaliches.

Y la gente se reía también, asegurando que el tal príncipe no había conseguido aprender el nombre de su regimiento, y decía:

—Yo soy muy honrado en mandar el regimiento de *Pava*.

Todo esto era objeto de los más pintorescos comentarios. Si en el centro de Madrid era extraordinaria la animación, no lo era menos en algunas calles de los barrios bajos.

Y entre ellas, en las de Mesón de Paredes y Embajadores, sobre todo á la hora de anocheecer, en que salen las cigarreras de la Fábrica, y vuelven de su trabajo los obreros.

Allí los grupos eran más numerosos, los comentarios más vivos y picarescos, y los guardias no se atrevían á intervenir por miedo á las burlas, y temerosos de provocar conflictos que no hubieran podido reprimir, por falta de fuerza moral y material.

Corrían de mano en mano las hojas, que no podemos llamar clandestinas puesto que se leían públicamente y en voz alta en cafés y tabernas, y era lo más curioso que *La Correspondencia de España*, el periódico ministerial de todos los ministerios, transcribía algunas noticias de estas hojas, y daba cuenta de las disposiciones de la junta revolucionaria.

Tácitamente reconocía una dualidad de poderes. Esto le costó una denuncia.

Tal era el estado de Madrid, en el momento en que da comienzo nuestra historia.

—Yo soy muy honrado en mandar al resi-
 niente de Y...
 Todo esto era objeto de los más pintorescos
 comentarios en el campo de Madrid, ex-
 traordinaria la animación que lo era, menos en
 algunas calles de los barrios bajos.
 Y entre ellas, en las de Matón de Barajas y
 Sanpascual, sobre todo a la hora de noche,
 era en que salían las cigarreras de la fábrica,
 y vuelven de su trabajo los obreros.
 Allí los grupos eran más numerosos, los co-
 mentarios más vivos y picantes, y los que-
 ridos no se atrevían a intervenir por miedo a las
 burlas y temores de provocar conflictos que
 no hubieran podido repetir por falta de fuer-
 za moral y material.
 Cortán de mano en mano las hojas, que no
 podíamos llamar clandestinas puesto que se fajan
 públicamente y en voz alta en calles y tabernas,
 y era lo más curioso que la correspondencia de
 España, el periódico ministerial de todos los
 ministerios, transmitía algunas noticias de es-
 tas hojas, y daba cuenta de las disposiciones de
 la junta revolucionaria.
 Tácitamente reconocía una dualidad de po-
 deres. Esto le costó una denuncia.
 Tal era el estado de Madrid en el momen-
 to en que da comienzo nuestra historia.

CAPÍTULO II.

La miseria del pueblo.

Era la hora del crepúsculo, es decir, la hora en que los grupos eran más nutridos y numerosos en los barrios bajos.

El tránsito se hacía difícil.

Los desocupados que formaban corrillos en las aceras, los obreros que caminaban por pelotones, las porteras y taberneras sentadas á la puerta de sus casas, todos contribuían á llenar la calle de Mesón de Paredes.

Con dificultad se abrían paso no pocas personas cargadas con grandes cestas, que hacían provisiones para que no las cogiera desprevenida el motín que se esperaba.

Reminiscencias progresistas.

Entre tanta gente como obstruía la calle, difícilmente podía avanzar con dirección á la

plaza del Progreso, una bellísima joven, que llevaba en la mano un gran lío, envuelto en un pañuelo de seda.

Mucha prisa debía tener, á juzgar por la ansiedad con que buscaba los claros de gente, para avanzar; pero no hay prisa que valga cuando hay que luchar contra la corriente de la muchedumbre.

Llegó por fin á la plaza del Progreso.

Allí había más espacio, y podía caminar más desembarazadamente.

Y ya en pocos minutos pudo llegar adonde se dirigía, á una casa de préstamos de la calle de Barrio-Nuevo.

También allí había mucha gente, no comentando los sucesos del día, sino empeñando ropas y hasta enseres de casa.

En ninguna parte como allí podía formarse idea de la miseria del pueblo.

Aquel hacinamiento de objetos, no significaba otra cosa que un hacinamiento de miserias.

El conjunto resultaba abigarrado.

La casaca del militar, el chaquetón del obrero, el pañuelo de Manila y hasta el humilde mantón de lana, formaban pequeños ó grandes bultos colocados en una anaquelera que ocupaba todo el muro, desde el piso al techo.

Allí la capa, que preservadora del frío, nos revela que su dueño tuvo que sufrir los rigores del invierno por calmar el hambre de un día.

Aquel montón de colchones que se ven hacinados en un gabinete demuestran la miseria de las familias llegadas al último límite.

El lecho conyugal se deshace, y el hombre trabajador no encuentra ya ni el descanso de sus fatigas.

No tiene tampoco ni con qué abrigarse durante la noche, que hasta de la manta ha tenido que desprenderse.

¡Ah! ¡Cuántas lágrimas habrá costado á una pobre madre el colchoncito de una cuna, que ha tenido que ser empeñado, tal vez para calmar el hambre de su hijo!

¿Quién puede calcular el número de lágrimas que todo aquello representa?

¡Ah! Si todas esas lágrimas se juntaran, ¡qué mar tan amargo formarían!

¡Cuántas privaciones, cuántas angustias!

Y no se nos diga que todo ello se debe tanto al vicio como á la miseria.

Sí, bien sabemos que el vicioso, el tahur, el jugador, constituyen los elementos que más ganancia dejan al prestamista.

Pero buscad la representación de los vicios en las casas donde son empeñados los aderezos

de la cortesana, el reloj de oro y los botones de brillantes del aristócrata que en el juego se arruina.

En esas casas donde se amontonan prendas de escaso valor, no vereis más que signos reveladores de la miseria.

En una de estas casas entró la joven que venimos siguiendo desde la calle del Mesón de Paredes.

No son ya nuestras casas de préstamos aquellos cuchitriles de antaño, con luz escasa durante el día y más escasa por la noche, con su velón ó lámpara cubierta por una pantalla verde.

Ni son los prestamistas aquellos tipos, con reminiscencias de hebreo, de cara larga, ojos redondos, nariz picuda y grandes gafas cabalgando sobre ella.

Hoy el salón de una casa de préstamos tendrá más ó menos lujo y comodidades; pero es anchuroso, y está bien iluminado.

Así lo exige el numeroso público que allí acude. Dos grandes lámparas iluminaban el salón donde penetró la joven, y aquella luz dió de lleno en su rostro.

Podemos decir que era una muchacha soberanamente linda.

No pasaba de los diez y siete años; sobre su rostro de blancura nacarada se destacaban sus

ojos negros, de mirada dulcísima, y sobre su frente alabastrina sus cabellos, negros también, formaban como un marco de ébano á su hechicero semblante.

Acababa de entrar la niña, y buscaba un sitio en un banco donde colocarse, cuando oyó que la llamaban, diciendo:

—Pura, Pura.

La joven volvió la cabeza, y exclamó:

—¡Señora Catalina!

La señora Catalina era una mujer de unos cincuenta años, alta, gruesa y frescota aún.

—¿Qué haces tú aquí?—preguntó con tono que tenía algo de sorpresa, y algo también de reproche.

La frente de la niña enrojeció con el color de la vergüenza, como si hubiera sido sorprendida haciendo una mala acción.

Y murmuró disculpándose:

—Ya ve usted, mi padre no trabaja, yo tampoco...

—¿Pero no comeis todos los días?

—Sí, señora, gracias á don Mauricio y á usted; pero hay que pagar la casa, y el dueño nos apremia porque debemos dos meses... Pero usted, señora Catalina, que nos da cuanto puede y á quien yo creía en posición desahogada, ¿qué viene á hacer aquí?

—¡Ah! Yo te diré,—contestó la buena mujer, tragando saliva.

Y como no sabía mentir, dijo la verdad.

—Tú ya sabes que mi señor don Felipe, que es muy bueno, recogió hace dos años á una pobre niña, que perdió su madre al nacer, y cuyo padre está en presidio.

—¡Milagritos, pobre niña! Conozco esa historia.

—La nodriza que la ha criado se quedó en casa. Pero, hija, los tiempos vienen muy malos, y no puede continuar. Ella quiere marcharse porque no la pagamos, y hay que hacer un esfuerzo... Pero tú, ¿qué traes ahí?

—Un vestido mío, el de los días de fiesta, y algunas sábanas.

—Todo ello vale dos ó tres duros.

—¿Y usted qué trae?

—Cuatro pañuelos de seda y mis dos mantones... Mira, hija, lo que vas hacer es marcharte con tus sábanas y tu vestido, que yo te llevaré dinero.

—¡Usted! ¿Pero de dónde lo va á sacar?

—De donde á tí no te importa.

—No, no, de ningún modo. Mire usted, señora Catalina, yo he podido aceptar su protección porque creía que estaban ustedes desahogados; pero ahora...

—Será lo mismo, si no quieres que me enfade... Pues digo: ¿don Felipe, que da la camisa al primero que llega, iba á consentir que don Lorenzo y su hija tuvieran hambre!

—Pero si no tiene para él.

—Tiene para los demás, y cuando llegue el caso de no comer, entonces, hija, todos iguales.

En vano insistió la señora Catalina.

Pura se mostró resuelta.

—Eres terca como un demonio,—exclamó aquella.—Pero en fin, dame acá, yo haré el empeño, porque á tí esos bribones te engañarían.

Y cuando á la señora Catalina le llegó su vez, se acercó al mostrador con los dos bultos.

Y allí peleó con el prestamista un buen rato.

Por dos ó tres veces lió las prendas para llevárselas, y las volvió á desliar, y peseta de aquí, peseta de allí, tuvo que conformarse, y dejó los bultos gruñendo, y gruñendo recibió el dinero y las papeletas.

Pura en tanto contemplaba con dolor la serie de lastimosas escenas que se ofrecían á sus ojos.

Una pobre madre, con una criatura en brazos llevaba á empeñar un chaquetón y un chaleco de pana de su marido difunto.

Otra mujer lloraba, porque cumplida la papeleta, habían vendido, no sabemos qué objetos.

Una niña pálida, ruborosa y como cortada, envolvía tristemente unas camisas, que su madre enferma la había mandado empeñar y que el prestamista no quiso admitir.

Pura y la señora Catalina entregaron á esta niña parte del producto que les valió el vestido. Y salieron de allí, donde todo el día y toda la noche se repetían análogas escenas.

¡Cuánta miseria, cuánta miseria en el pueblo!

CAPÍTULO III.

La última obra de caridad.

Ya en la calle la señora Catalina y Pura, continuaron su conversación.

—Mira, hija mía,—dijo la primera,—te encargo que nunca vuelvas sola á esas casas.

—¡Ay! señora, las circunstancias obligan.

—Acude á mí.

—¡A usted! ¡Como si no le bastara con sus apuros!

—Si tengo una peseta la partiré contigo, y si no la tengo yo iré á casa del prestamista. A tí pueden engañarte.

—Dejemos esto, señora Catalina. Otro favor desearía de usted, si me atreviera...

—¿Si te atrevieras á qué?

—A pedírselo.

—¿Tienes más que atreverte?

—Sí, pero...

—No seas tonta... ¿Qué no haría yo por tí?

—Muchas gracias... Pues el caso es que nada sabemos de Alfonso.

—De tu novio... Sí, sabemos que está en la cárcel.

—¿Incomunicado aún?

—¡Ah! No lo sé.

—¿No le habrán deportado, como al señor Clemente, su padre, y como á ese Rafael, de quien tanto me hablan ustedes?

—De seguro que no.

—¿Por qué?

—Porque ahora la cosa va de veras... Llegó *la gorda*, hija, llegó *la gorda*, y el gobierno no se atreve á deportar á nadie. Harto harán los ministros con escapar, si pueden, para que no los arrastren.

—Yo quisiera tener la seguridad de que Alfonso está en el Saladero. Tal vez le hayan puesto en comunicación.

—Hubiera enviado aviso.

—Es verdad.

—Sin embargo, mañana á primera hora te prometo ir á enterarme. ¿Era eso lo que querías?

—¡Qué buena es usted!—exclamó la joven con acento de la más profunda gratitud.

Y seguramente la hubiera abrazado á no estar en la calle.

Con la aglomeración de gente, ni Pura ni la señora Catalina pudieron observar que un hombre las seguía desde que salieron de la casa de préstamos.

Aquel hombre procuraba recatar el rostro como si le importara no ser conocido.

Y tan cerca de ellas caminaba, que pudo oír toda la conversación.

Y las siguió hasta que las dos mujeres entraron en su casa de la calle de Juanelo, pues allí vivían las dos.

El desconocido quedó un momento inmóvil, y dijo para sí:

—La mujer puede tener razón, esto se va. Pero resulta que la niña tiene un novio, llamado Alfonso, y este Alfonso se encuentra en el Saladero. ¿Por qué? Conviene averiguarlo.

En seguida echó á andar hacia la plaza del Progreso.

Y dijo, continuando en su monólogo:

—Aún tendré tiempo de hacer la última obra de caridad.

En la plaza del Progreso entró en un coche de alquiler y se hizo conducir al Saladero.

Allí supo que el tal Alfonso era un joven estudiante de Medicina, muy conocido como revo-

lucionario, y que era hijo de un señor Clemente, que fué deportado á Fernando Póo en una goleta que se fué á pique antes de llegar á su destino.

Estas noticias las completó, no en el Saladero, sino en el Gobierno civil, donde pasó la noche.

—¡Ah! diantre,—exclamó,—ya estoy orientado. El señor Clemente es el compañero de Rafael Valdeoro. Creímos que los dos habían muerto en el naufragio; pero después se supo que consiguieron salvarse, y hace tiempo que se ha perdido su pista. El hijo del señor Clemente está preso, y es el novio de esa muchacha. ¡Magnífico! No necesito más.

A la mañana siguiente la señora Catalina salió muy temprano, dirigiéndose al Saladero, después de acompañar hasta la iglesia á un viejo sacerdote, don Felipe, á cuyo servicio estaba muchos años hacía.

Pocos minutos después salió de la misma casa un pobre señor, ya entrado en años, alto, seco, y muy encorvado.

Era el padre de Pura. Llamábase don Lorenzo, y había sido maestro de escuela, y profesor, después, en un colegio de segunda enseñanza.

Una larga y penosa enfermedad le había de-

jado sin colegio, sin discípulos, sin lecciones, y en la miseria.

Tenía la costumbre todas las mañanas de dar un largo paseo, por recomendación del médico.

Y unas veces lo hacía así, y otras recorría los colegios de sus amigos, con la esperanza, como él decía, de encontrar donde meter la cabeza.

En la esquina que la calle de Juanelo forma con la del Mesón de Paredes, se encontraba el desconocido que siguió á Pura la noche anterior.

Atisbaba, sin duda, el momento de hacer su última obra de caridad.

Tan pronto como salió don Lorenzo, aquel hombre entró en la casa, subió hasta la habitación de Pura, y llamó resueltamente.

La joven abrió descuidada, sin preguntar quién era.

Nada temía, y además nadie llamaba á su puerta sino los buenos vecinos que la socorrían en sus apuros.

La muchacha al ver á aquel hombre, á quien conocía, dejó escapar un grito.

—¡Silencio!—exclamó el desconocido á media voz.—Represento la autoridad. Nada de escándalos, porque la situación es muy grave.

Y hablando así empujó suavemente á Pura, y cerró la puerta.

La joven, aterrada un momento, consiguió reponerse.

Por el movimiento enérgico de Pura comprendió aquel hombre que trataba de pedir auxilio, y se apresuró á añadir:

—Silencio si en algo tiene la vida de Alfonso.

Al oír esto la muchacha volvió á aturdirse.

—¡Alfonso!—murmuró maquinalmente.

—En su nombre vengo. Es preciso que usted me oiga.

—No comprendo.

—La vida de Alfonso corre peligro. De usted depende solamente.

Calculó Pura que allí en su casa nada tenía que temer, porque un solo grito bastaría para que acudieran los vecinos en su socorro.

Y tranquilizándose con esta reflexión, se dispuso á escuchar.

Tomaron asiento en la salita, y el hombre comenzó por hacer esta pregunta:

—¿Me conoce usted?

La joven sonrió con amargura, y contestó:

—Voy á referirle un suceso, y comprenderá usted si le conozco. Una noche se presentó en mi casa la policía, buscando á mi padre, ausente en aquel momento. Un don Francisco, que así se llamaba según supe más tarde el jefe de los polizontes, fingió encontrar en mi casa unas

hojas clandestinas, y me prendió, y me condujo á unos horribles calabozos del Gobierno civil

—Conozco la historia.

—Pero yo quiero referirla. El tal don Francisco me hizo sacar del calabozo, y me llevó al despacho de un don Manuel, recomendándome que me mostrara complaciente.

—Consejo práctico de un hombre conocedor del mundo.

—Consejo de un miserable para servir á otro miserable,—respondió Pura con energía.

Don Francisco, pues él era, se mordió los labios.

—El jefe de aquel hombre, el llamado don Manuel, quiso aprovechar las circunstancias, y con repugnante cinismo se atrevió á hacerme proposiciones monstruosas. Hubo lucha; pero no consiguió vencerme. En esto entró azorado el don Francisco, anunciándole que le esperaba el Capitán general de Madrid. Salió don Manuel, quedé sola con el polizonte, y el infame trató de conseguir lo que no había logrado su jefe. Inútil empeño. Pude huir, el Capitán general me amparó...

—¿Generosamente?—preguntó don Francisco desplegando una sonrisa burlona.

Pura no se alteró.

—No extraño esa duda,—dijo.—En un corazón ruin no caben más que ruindades.

—¿Pero qué objeto tiene tan larga historia?

—Que usted comprenda, por lo presente que la tengo, si le conozco bien. Usted es el miserable que me arrancó de mi casa, que me recomendó primero la complacencia para otro, y después quiso abusar de mí. Y yo pregunto ¿es posible que Alfonso se valga de usted para entenderse conmigo? O eso es mentira, ó es que Alfonso no le conoce.

Don Francisco, que era un hombre de unos cuarenta años, de facciones duras, y algo amañerado, como el que se empeña en fingir una educación que no recibió en los primeros años de su vida, se atusó el largo bigote con aparente calma, y dejando vagar entre sus labios gruesos y sensuales una nueva sonrisa, dijo:

—Ya ve usted, hermosa niña, que la he escuchado sin ofenderme.

—Porque cuanto he dicho es verdad.

—No trató de desmentirla. Pues bien, aun siendo verdad, demos al olvido historias y resentimientos, porque la situación es muy grave.

—¿Para quién?

—Para Alfonso.

—¡Ah!

—¿Usted le ama?

Pura dudó un momento.

La primera contestación que se formuló en su cerebro fué esta:

—¿A usted qué le importa?

Pero se contuvo, y dijo resueltamente:

—Sí, le amo.

—Lo sabía.

—Tanto mejor.

—Alfonso está en peligro de muerte.

Pura no pudo contener un estremecimiento, ni pudo evitar que su rostro palidiera.

Don Francisco observó con secreta alegría el efecto de sus palabras, y añadió:

—El gobierno, para dominar la revolución naciente, se propone desplegar una gran energía, pasando por las armas á todos aquellos que aparezcan complicados en el movimiento insurreccional.

—Y Alfonso...

—Es de todos los presos el más conocido como revolucionario, y el más comprometido.

—¿Qué puedo hacer por él?—preguntó Pura, que comenzaba á sentirse acongojada y aturdida.

—Salvarle.

—¿Cómo?

—Sencillamente. Usted sabe quién soy y hasta dónde alcanza mi poder.

—¡Ah! No sé tanto.

—Puedo hacer dos cosas: preparar su evasión,

para lo que me sobran medios, ó decir á don Manuel que en la detención de Alfonso se ha padecido un error, que no es el revolucionario del mismo nombre, que respondo de él, y con esto, en vez de ser entregado al consejo de guerra será puesto en libertad.

Todo lo que don Francisco decía era posible que fuera exacto.

Lo que Pura ignoraba era que no entraba en el ánimo del gobierno fusilar á nadie.

No se sentía con fuerzas para ello.

Pero hablábase en Madrid por entonces de que había sido fusilado en Andalucía don Benjamín Fernández Vallín, que intentó sublevar un regimiento.

Pura lo sabía, y esto aumentaba sus congojas, dando verosimilitud á las afirmaciones de don Francisco.

Este prosiguió:

—A decir verdad, y para que vea que soy franco, no he hablado con Alfonso. Pero en mi carácter de polizonte, como usted dice, nada se me oculta, y conocía sus amores.—Hé aquí,—me dije,—que la ocasión se me presenta de ofrecer á Purita mis servicios para borrar su resentimiento.

—¡Ah! Si así lo hiciera...

—¿Qué!

—Sería eterna mi gratitud.

—¿Y ya no habría lucha entre nosotros?

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Pura con temor, comprendiendo demasiado las intenciones del miserable.

—¡Bah!—dijo éste, acariciándose de nuevo el bigote.—¿Tendré que presentar la situación con absoluta claridad? Pues bien, Pura, yo la amo, y mi sacrificio de entregarla á su Alfonso, bien merece alguna recompensa.

La joven estaba lívida.

En aquel momento dudaba si todo aquello era una verdad, ó no pasaba de ser una farsa, inventada por el miserable para vencerla.

De todos modos, verdad ó mentira, no estaba dispuesta á ceder.

—Yo no sería digna,—dijo,—ni de Alfonso ni de mí, si prestara oídos á proposiciones infames... Esta es mi contestación. Ahora retírese usted.

Don Francisco no pudo ocultar su sorpresa.

Su última obra de caridad, como él decía, era irrealizable.

No podría salvar á Alfonso, porque Pura rechazaba aquella obra de caridad.

CAPÍTULO IV.

Socorro á tiempo.

Pura se había puesto en pie, y con ademán enérgico señalaba á la puerta.

Don Francisco no volvía de su sorpresa.

—Despacio,—dijo sin moverse.—Sin duda no se ha hecho usted cargo de la situación.

—Sí, perfectamente, y por lo mismo, y como estoy en mi casa, le mando que se retire.

—Oigame usted aún.

—Ni una palabra.

—No hay más remedio, en bien de todos.

—Pediré auxilio.

—Será inútil. En primer lugar, nadie acudiría á su llamamiento. En segundo, no olvide usted que represento la autoridad. Que puedo llamar á una pareja de guardias veteranos, y hacerla conducir á la prevención ó al Modelo.

La joven se estremeció.

Recordaba lo que tuvo que sufrir cuando ya en otra ocasión, como ella misma acababa de relatar, fué presa.

Y la idea del oscuro calabozo de la prevención, donde sufrió insultos soeces, la idea de aquella especie de mazmorra, con los borrachos y rameras que la llenaban, le infundía invencible terror.

—Y por esta vez,—continuó don Francisco,—no ha de valer á usted la desinteresada protección del Capitán general, porque yo sabré impedir que llegue á su noticia lo ocurrido.

—¿Cómo?

—Sencillamente: deteniendo á su padre de usted y á la señora Catalina que la protege, y hasta al cura, que ya ha tenido que ver antes de ahora con la policía.

—Todo eso es inícuo.

—Pero de muy fácil ejecución. Y si la lucha revolucionaria se prolonga, yo no sé si además de Alfonso, podrá ser fusilado don Lorenzo.

—¡Mi padre!

—Ya ve usted cómo la conviene entrar en negociaciones.

—¡Nunca, nunca!—exclamó la joven, que sostenía consigo misma una espantosa lucha.

Y en su congoja se cubrió el rostro con las

manos. Don Francisco desplegabá ya una sonrisa de triunfo.

Pero de repente la niña irguió la cabeza.

No había lágrimas en sus ojos, sino relámpagos de ira.

—No,—dijo,—todo eso es una invención para aterrarme.

—Fatal error que puede costar la vida á don Lorenzo y Alfonso.

—¿Qué importa?—exclamó Pura con un arranque de heroína.—Si ellos mueren, yo moriré también. Salga usted inmediatamente.

Al ver tanta energía, por los ojos del miserable pasó algo extraño, algo así como un rayo de soberbia, como el propósito de jugar el todo por el todo, llegando á los medios más violentos.

Y de un salto se puso en pie, y airado se acercó á la joven, sujetándola con fuerza por ambos brazos.

La niña luchó por desasirse, gritando al mismo tiempo:

—¡Socorro, socorro!

—No ha de valerte gritar. Si aquí no te rindes, te rendirás en la prisión.

A este tiempo resonaron un violento campanillazo primero, y terribles golpes en la puerta después.

Sorprendido el miserable, soltó á la joven.
Y ésta corrió á la puerta y abrió.

Los que llegaban eran Alfonso y la señora Catalina, que habían oído desde la escalera los angustiosos gritos de Pura.

¿Cómo estaba Alfonso en libertad?

Porque el gobierno, asustado, comenzaba á mostrarse débil.

Y aunque en los primeros momentos hizo numerosas prisiones, no tardó en restituir la libertad á muchos contra los que no resultaban pruebas ó indicios ciertos de su complicidad en el movimiento.

Tarde se acordaba de proceder en justicia.

Sí, era muy tarde.

Contra Alfonso nada resultó, y la señora Catalina llegó al Saladero, á tiempo que el joven salía.

—Vaya usted,—dijo Alfonso,—á dar la noticia á Pura; yo corro á ver á mi madre, y en seguida me trasladaré á su casa.

A la puerta del Saladero se separaron.

Y en el momento en que la señora Catalina entraba en su casa de la calle de Juanelo, llegó Alfonso, que ya había visto á su madre.

Juntos subieron la escalera, y llegaron á sus oídos los gritos de socorro de la pobre niña.

Alfonso nada tuvo qué preguntar.

El aspecto de Pura y el rostro descompuesto del miserable, bien á las claras revelaban la escena de lucha que se había interrumpido.

Alfonso era un joven de veinte años, de regular estatura, moreno, de ojos negros y vivos, de carácter arrebatado, y de mucho vigor físico.

Comprender la situación, apartar á Pura que trató de contenerle, y dirigirse con ademán terriblemente amenazador á don Francisco, fué obra de un instante.

Don Francisco dió un paso atrás, y extendió el brazo armado con un revólver.

—¡Quieto ó le abraso!—gritó.

Pero Alfonso estaba ciego.

Era poco la boca de un revólver para hacerle retroceder.

De un salto cayó sobre su antagonista.

Sonó un disparo.

Pero Alfonso había tenido tiempo de desviar el brazo del miserable, y la bala fué á dar en la pared. Se entabló una lucha horrible.

Pugnaba don Francisco por dirigir la boca del revólver contra el pecho de Alfonso.

Y éste, que le había sujetado fuertemente por la muñeca, se la retorció con vigor para obligarle á soltar el arma.

De repente el miserable dió un grito de dolor, y soltó el revólver.

Era que Alfonso, retorciéndole la muñeca, acabó por dislocársela.

Gritaban en tanto las mujeres aterradas, y acudían ya algunos vecinos.

La lucha en esto vino á terminar de un modo terrible.

Sucedió que Alfonso, creyendo rendido á su adversario, tuvo la generosidad de soltarle.

Y entonces don Francisco, rabioso por el dolor y el despecho, cogió un bastón que había dejado con su sombrero en una silla.

Y con su mano izquierda apretó un resorte del bastón, y abriéndose la contera dejó asomar una lengüeta de acero de algunas pulgadas de longitud.

Estos que podemos llamar estoques automáticos, estaban en uso por aquella época.

Y con esta arma se disponía á acometer á Alfonso.

Pero éste con un movimiento rápido se apoderó del revólver que estaba en el suelo.

Y al incorporarse vivamente disparó.

Ya era hora, porque el acero de su adversario no distaba un centímetro de su garganta.

Don Francisco dejó escapar una especie de rugido, vaciló unos instantes, y cayó desplomado.

Había recibido un balazo en el pecho.

CAPÍTULO V.

Los guardias vencidos.

—¡Jesús, María y José!—gritaba la señora Catalina.

—¡Virgen Santísima, amparadnos!—clamaba acongojada Pura.

A este tiempo la habitación se llenó de gente.

—Sálvese usted,—gritó la señora Catalina, dirigiéndose á Alfonso.

La cólera de éste se había apaciguado y mostraba una serenidad admirable.

—No,—dijo.—Si yo me salvara, serían ustedes detenidas. Necesito quedarme aquí, para declararme autor del delito, si es delito la legítima defensa cuando se trata de evitar un crimen.

Noble era la conducta de Alfonso.

Pero de todos modos hubiera sido imposible la fuga.

Las detonaciones habían atraído mucha gente á la puerta de la casa, y ya dos parejas de guardias veteranos subían la escalera.

Sable en mano se presentaron en la habitación.

—Alto,—dijo Alfonso, al ver la actitud hostil de los guardias.—Yo he herido á ese hombre, y como no trato de hacer resistencia, son inútiles esas armas.

—Entréguese usted,—dijo uno de los veteranos.

—Estoy á su disposición,—contestó Alfonso, entregándole el revólver.

—¿Pero qué ha sucedido?

—Yo responderé ante los tribunales. Por ahora sólo diré que no soy un asesino. He obrado en defensa propia. Ese estoque lo prueba.

Los guardias sacaron unas cuerdas para atar al joven.

Pura rompió á llorar amargamente.

La señora Catalina no se conformaba tampoco con aquella manera de proceder, y con ademanes descompuestos comenzó á denostar á los guardias, queriendo demostrar que Alfonso tenía toda la razón de su parte.

—¡Silencio!—gritó Alfonso, temiendo que la

señora Catalina acabara por comprometerse.

La buena mujer obedeció por el momento, aunque de mala gana.

Una pareja de guardias se encargó del herido para conducirlo á la casa de socorro.

La otra pareja, después de atar fuertemente al preso, salió con él de la casa.

Pura quedó allí medio accidentada, y asistida por una señora, joven, delgada, pequeña y muy linda, que era esposa de un abogado, y que vivía en el piso principal.

La señora Catalina siguió al preso.

A la puerta de la calle se veía un grupo de curiosos. Todos ellos siguieron á los guardias.

Y sabido es que los grupos, como la bola de nieve se agrandan á cada paso.

Antes de llegar á la Plaza del Progreso, el grupo era ya de imponente muchedumbre.

Y decimos imponente, porque su actitud era poco tranquilizadora.

La señora Catalina había tomado á su cargo enterar á todo el mundo del suceso.

Y los denuestos á los guardias, las maldiciones á la policía, las amenazas, iban tomando carácter.

La muchedumbre se agitaba sordamente, como se agitan las olas momentos antes de estallar la tormenta.

Una circunstancia cualquiera podía hacer que estallara el furor popular, á duras penas comprimido.

Y los guardias, con una imprudencia provocaron la colisión.

Cansados de oír los improprios de aquella mujer que los seguía, la amenazaron con llevarla presa también.

—¡A mí!—gritó la señora Catalina.—¡Yo presa!

Y redobló sus denuestos hasta agotar la paciencia de los guardias.

Uno de ellos la asió rudamente por un brazo.

Y ya que la lastimara, ya que la señora Catalina lo fingiera, comenzó á exhalar gritos lastimeros.

A estos gritos contestaron las mujeres que presenciaron el lance, y como había entre estas mujeres no pocas verduleras, comenzaron á llover sobre los guardias tronchos y berzas y otros extraños proyectiles.

Los guardias pusieron mano á sus sables.

La muchedumbre no retrocedió.

Por aquellos días tenía plena conciencia de su superioridad.

Los hombres tomaron parte en la lucha.

Y exigieron la libertad del preso.

¿Cuál era su delito?

Haber herido á un polizonte que había tratado de atropellar á una mujer.

Su causa no podía ser más justa.

En pocos instantes los guardias se vieron acorralados.

Una navaja cortó las ligaduras de Alfonso, y éste se vió libre, en medio de un grupo de más de doscientas personas.

Los guardias no se atrevían, en la situación en que se encontraba el país, á acometer á la muchedumbre.

Se hubiera podido provocar un terrible conflicto. Las mujeres se apercibieron bien pronto de que los guardias tenían miedo.

Y como se dirigieran hacia la calle del Duque de Alba, sin duda para reclamar auxilio en el cuartel, les cerraron el paso en la esquina.

Inútilmente lucharon los guardias por continuar su camino.

Veinte manos á un tiempo cayeron sobre ellos; cien uñas se clavaron en sus rostros.

Y asendereados, arañados, molidos á golpes por aquellas mujeres envalentonadas, no tuvieron otro remedio que apretar el paso para ganar la calle de la Colegiata y dar la vuelta por la de Toledo y los Estudios.

En este tiempo se alejó Alfonso, después de decir rápidamente á la señora Catalina:

—Ocúltese usted, y que se oculte Pura hasta ver en qué para esto.

La señora Catalina llegó radiante á casa de Pura.

—Anímate, hija,—gritó.—Alfonso está libre. Hemos vencido á los veteranos. Mira, traigo la mano dolorida y medio descompuesta de dar puñetazos; pero he deshecho las narices á un guardia.

Refirió en breves frases lo ocurrido.

Y Elisa, que así se llamaba la señora que hacía compañía á Pura, dijo:

—Se refugiarán ustedes en mi casa. En ella nada tienen que temer.

A este tiempo llegó don Lorenzo, asustado, porque ya la portera le había referido el lance.

Y los tres bajaron al piso principal, donde tenía Elisa su habitación.

Cuando la fuerza del cuartel del Duque de Alba, acudió á la plaza del Progreso á restablecer el orden, nada tuvo que hacer.

La muchedumbre, después de su triunfo, se había diseminado.

CAPÍTULO VI.

La confesión del cura.

Aquel suceso pasó desapercibido.

Don Manuel, cuando tuvo noticia del hecho, comprendió de lo que se trataba, y lo tuvo por imperdonable ligereza de su subordinado.

No estaban ya los tiempos para tales aventuras.

Y los que pocos días antes nada respetaban y se creían autorizados para cometer toda clase de atropellos, comenzaban á temerlo todo.

La autoridad mostró especial empeño en que lo sucedido no se hiciera público.

El herido, en estado muy grave, fué trasladado al hospital.

En tanto Alfonso, por prudencia, permaneció oculto en casa de uno de sus amigos, joven

estudiante, llamado Teobaldo y que vivía en la calle de Santa Isabel con su familia.

Teobaldo, por encargo de Alfonso, aquella misma tarde se trasladó á la calle de Juanelo, á la casa donde vivía Pura, no á preguntar por ésta ni por la señora Catalina, sino por el anciano sacerdote don Felipe, que le recibió en el acto.

Era lógico suponer que el pobre cura, hombre de carácter tímido, debía estar aterrado; pero no era así.

Hacía algún tiempo que la fuerza de las circunstancias le habían lanzado á la lucha, y en ella encontraba fuerzas para resistir.

Y es que la debilidad tiene para la resistencia fuerzas inverosímiles.

Aquellos de nuestros lectores que no conozcan su historia se enterarán de ella por la conversación que sostuvo con aquel joven que iba á visitarle.

Don Felipe le hizo entrar en una salita humildemente amueblada, y después de tomar asiento, cruzó las manos sobre la falda de su sotana raída, y dijo:

—Yo soy el sacerdote por quien usted pregunta. ¿A quién tengo el honor de hablar?

—Mi nombre es Teobaldo. Usted no me conoce.

—¿A qué debo, pues, la honra de su visita?

—Vengo en nombre de mi amigo Alfonso.

—¡Ya!

El cura miró al joven con desconfianza.

Don Felipe, antes sencillo hasta la candidez, iba á fuerza de desengaños haciéndose receloso.

—Y mi objeto es, —continuó Teobaldo, —traer á usted noticias de mi amigo, y llevárselas de Pura.

—Muy bien, joven, muy bien. ¿Y dónde se encuentra ese Alfonso de quien usted me habla?

—¿Pero es que no le conoce usted? —preguntó con asombro Teobaldo.

—No he dicho eso, señor mío. A quien no conozco es á usted, y á interrogatorios de gentes desconocidas no acostumbro á contestar.

Teobaldo, que parecía un joven de educación esmerada, se sintió ofendido.

Y poniéndose en pié, replicó:

—Perdone usted. O mi amigo Alfonso no le conoce, ó no es usted don Felipe. Hay tal diferencia entre la pintura que él me ha hecho del tal don Felipe y lo que yo veo, que él ó yo nos hemos equivocado. Yo cumplo con llevarle la contestación que acabo de recibir.

—Un momento, joven, un momento, —exclamó don Felipe. —Hágame usted el obsequio de sentarse y oirme.

—Con mucho gusto.

—Su amigo Alfonso, ¿le ha referido mi historia?

—A grandes rasgos.

—Pues oígame usted, porque necesito para que usted no se ofenda, justificar mi desconfianza.

—Ya escucho.

—Yo, hace dos años, vivía tranquilo y dichoso; era capellán de monjas, y nada tenía que hacer en el mundo sino esperar en gracia la hora de la muerte, que ya á mis años no puede tardar. Después de los acontecimientos del 22 de Junio de 1866, recogí á una joven huérfana, que en vísperas de contraer matrimonio, creyó que su prometido había muerto en la jornada. Además, esta joven, llamada Rosario, se encontraba perseguida por un miserable. Para librarse de los riesgos del mundo, entró de novicia en el convento, bajo mis auspicios. ¿Cree usted que como sacerdote cumplí con mi deber?

—Es indudable.

—Hé aquí otra historia, que vino á enlazarse con la primera. Llegó á mi noticia que un joven obrero estaba en presidio por haber tomado parte en la publicación de una hoja clandestina. Su esposa, enferma y en estado interesante, murió al dar á luz una hermosa niña,

que fué recogida por algunas mujeres de la vecindad. Una persona caritativa me proporcionó fondos para que velara por esta criatura. La recogí, la traje á mi casa y busqué una nodriza. ¿Cree usted que es esto una obra de caridad?

—Y muy meritoria.

—Pues hé aquí que en hechos tan sencillos se buscó pretexto para exhonermme, para deshonrarme, y aun para prenderme. El hombre que perseguía á la joven novicia, me delató como revolucionario, hizo creer á la autoridad eclesiástica que la criatura que había en mi casa era mía, y que yo daba escándalo con mi ama de gobierno, la señora Catalina, que sería un angel si no tuviera la lengua un poco larga y el genio un poco fuerte. En fin, para abreviar, mi protegida Rosario salió del convento, y su enemigo se arregló de tal modo, que dió con ella y conmigo en la carcel.

—¡Qué atropello!

—Gracias á que la señora Catalina consiguió dar cuenta de todo al Cardenal arzobispo de Toledo, y éste consiguió nuestra libertad. Entonces llevé á la joven á París donde se encuentra al lado de un protector noble y poderoso, y nada tiene que temer. Yo he conseguido un destino modesto en una parroquia. Pero escarmetado con todo esto, no me fío del primero que

llega, sobre todo en cuestiones políticas, porque hay muchos polizontes y no quisiera que volviéramos á las andadas, y me hicieran perder mi destino, que es lo único que tengo para comer.

—¿Es decir, que teme usted que yo sea un polizonte?

—Muchos hay de tan buen aspecto como usted.

—Muchas gracias,—contestó Teobaldo sin poder ocultar una sonrisa.

Se reía de la candidez del pobre cura, que deseando justificar sus desconfianzas, se había descubierto, porque toda su historia equivalía á decir:

«Todo lo que usted supone es cierto, y por lo mismo tengo mucho que temer de la policía, porque realmente proteje á los revolucionarios.»

—Ahora, joven,—continuó don Felipe,—comprenderá usted que tengo razón.

—Sí, señor, mucha razón,—contestó Teobaldo con benevolencia, comprendiendo que hablaba, no con un hombre descortés como había supuesto, sino con un hombre ingénuo y sencillo.

—Si usted hubiera traído alguna carta de Alfonso...

—No lo creyó necesario.

—Por lo mismo... ¡Ah! Ya tengo una idea,—

exclamó don Felipe, dándose una palmada en la frente.

—Venga esa idea,—dijo Teobaldo que comenzaba á divertirse con el aturdimiento del pobre cura.

—Usted no tendrá inconveniente en que yo le acompañe á ver á su amigo.

—Con mucho gusto. Alfonso está en mi casa, y usted viene á la suya.

—Perfectamente. Vamos allá.

Y el cura y el joven estudiante se pusieron en marcha.

Por el camino, dijo don Felipe:

—Deseo ver á Alfonso; pero ya no desconfío de usted, joven, ya no desconfío... Y en verdad que me arrepiento...

—No tiene usted de qué arrepentirse. Soy el primero en reconocer que en estos casos, toda prudencia es poca.

—¡Ah! ¡Usted lo cree así!

—Lo confieso.

—Entonces quedo tranquilo. No ha sido mi intención ofenderle.

Llegaron á la calle de Santa Isabel.

Don Felipe abrazó á Alfonso.

exclamó don Felipe, dirigiéndose hacia ella con la frente...

—Y aquí está, — dijo Teobaldo que venía hacia él á divertirle con el espectáculo del po- pre cura.

— Usted no tendrá inconveniente en que yo lo acompañe á ver á su amigo.

— Con mucho gusto. Alfonso está en mi casa, y usted viene á la sazón.

— Perfectamente. Vamos allá.

Y el cura y el joven esbaldados se pusieron en marcha.

Por el camino, dijo don Felipe: — Deseo ver á Alfonso; pero ya no descuello de usted, joven, ya no descuello. Y en verdad que me arrepiento...

— No tiene usted de qué arrepentirse. Soy el primero en reconocer que en estos casos toda prudencia es poca.

— ¡Ah! Usted lo oye así, ¿verdad?

— Lo confieso.

— Entonces queda tranquilo. No ha sido mi intención ofenderle.

Blagaron á la calle de Santa Isabel, y don Felipe volvió á Alfonso.

CAPÍTULO VII.

La gran noticia.

Largo rato conversaron Alfonso y don Felipe, y se pusieron de acuerdo respecto á la manera de comunicarse y de adquirir noticias de lo que hiciera la autoridad en aquel asunto.

Como sabemos, la señora Catalina y Pura se alojaron en casa de Elisa, que ocupaba el piso principal.

El esposo de Elisa, llamado Mauricio, ocupaba un buen destino en el ministerio de la Gobernacion, y era hijo de un alto funcionario.

Era grande por esto su influencia, y ya en otra ocasión había prestado un servicio á Alfonso.

El padre de éste, y el joven Rafael, ya muchas veces nombrado en este libro y á quien no tardaremos en encontrar, habían sido presos.

Pasaban meses y meses, y de ellos nada se sabía.

Mauricio se encargó de averiguar lo que hubiera.

Y lo consiguió, en efecto, aunque las noticias fueron poco satisfactorias.

Supo que el señor Clemente, padre de Alfonso, y Rafael, habían sido deportados; que salieron de Cádiz en una goleta, y que esta goleta se perdió á la altura de las islas Canarias.

Rafael y el señor Clemente estaban incluidos en la lista de las víctimas del naufragio.

Muricio, pues, tenía medios para informarse de ciertos secretos de la policía.

Y en el caso presente, le hablaría don Felipe, y con seguridad no tardaría en saber si la policía buscaba con empeño á Alfonso y si pensaba también en la señora Catalina y Pura, á quienes él mismo tenía en su casa.

Con esto se despidió don Felipe, después de pedir nuevamente mil perdones á Teobaldo.

El primer paso del cura fué dirigirse á casa de Alfonso.

El joven tenía madre y hermana, á quienes sostenía con su exíguo sueldo de practicante del Hospital, y era necesario que las pobres mujeres tuvieran noticia de lo ocurrido.

Después volvió á su casa don Felipe.

Allí conferenció con Mauricio, que era un joven por todo extremo distinguido y simpático.

Este prometió inquirir la actitud de las autoridades.

Y, en efecto, al día siguiente pudo dar noticias concretas.

Supo que la autoridad gubernativa estaba indignada contra don Francisco, y dió á éste la orden de que declarara ante la judicial que ignoraba en absoluto quién hubiera sido su agresor.

Y suplicó al juez que con esto, como vulgarmente se dice, se echara tierra al asunto, y no se hablara más de él.

Así convenía á las autoridades para evitar el escándalo en aquellos momentos, que iban siendo cada vez más críticos.

Esta noticia no podía ser para Alfonso más satisfactoria.

Su grave apuro consistía en el peligro de perder su humilde puesto de practicante del Hospital.

Y con los días que había estado en la cárcel, y con los que tuviera que permanecer oculto, había razón sobrada para que fuera despedido.

Tan pronto, pues, como tuvo la seguridad de no ser molestado, pensó en presentarse al cumplimiento de su deber.

Y así lo hizo.

Comenzó por presentar sus excusas al director, que le apreciaba sinceramente, y le dijo:

—Sé que su ausencia no ha sido debida á enfermedad, sino á haber estado preso, y es la segunda vez.

—Pero por ningún motivo vergonzoso.

—Lo sé tambien, y por lo mismo le he reservado su plaza. Pero tenga juicio y no vuelva á comprometerse.

Después de una amistosa reprimenda, que Alfonso tuvo que sufrir con respeto, subió á una de las salas de distinguidos, donde prestaba sus servicios.

Y al enterarse de las novedades ocurridas en la sala, visitando á los nuevos entrados, reconoció en uno de ellos á don Francisco.

Alfonso no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

Y fulminó contra el miserable una mirada terrible.

Don Francisco reconoció también al joven, y abrió los ojos con espanto.

Alfonso hizo alejar al enfermero é inclinándose sobre el herido, murmuró con voz concentrada y sombría:

—Aquí estoy. Puede usted perderme con una

palabra; pero si lo intenta, juro que le ahogaré entre mis manos.

—No, no,—dijo aterrado el miserable,—nada intentaré; pero ya que me tiene entre sus manos, sea usted generoso.

El joven permaneció algunos instantes en actitud recogida, como si dudara ó sostuviera una lucha interior.

Por fin se dilató su rostro contraído.

Aquel hombre estaba vencido, le pedía piedad y no era posible que se la negara.

—Está bien,—dijo.—Mi actitud dependerá de la suya.

—Yo le prometo desistir de todo; mis protectores me abandonan; sálveme usted la vida porque me siento muy mal... y seré su amigo.

—Le salvaré en cuanto de mí dependa; pero no quiero su amistad.

—¡Ah! Puedo revelarle secretos de importancia.

—No pongo precio á mis favores.

—¡Ah! Pero sé algo que personalmente le interesa, y que me agradecerá mucho. Usted ignora el paradero de su señor padre.

—Mi padre ha muerto,—dijo Rafael con voz sombría.

—El señor Clemente vive.

—¡Cómo!

—Y vive un joven llamado Rafael, por quien usted, según creo, se interesa.

—¡Es eso verdad!—exclamó Alfonso cuya voz temblaba de emoción.

—Naufragó cerca de Canarias el barco que los conducía.

—Lo sé.

—Pero se salvaron del naufragio, ignoro de qué manera. Ello es que la policía ha interceptado cartas suyas, dirigidas á usted.

—¡Ah! ¿Dónde se encuentran? ¿Dónde estaban fechadas las cartas?

—En muy distintos puntos; en Canarias, en Barcelona, en Palma, en Marsella, y no recuerdo si en alguno más. En cambio de esta noticia reclamo su protección.

—Sin ella se la había ofrecido.

Sentíase Alfonso aturdido con tan grata noticia.

Había llorado por muerto á su padre.

Y su padre vivía, y Rafael también.

¿Qué interés podía tener don Francisco en mentir?

Ninguno.

La noticia, pues, debía ser cierta.

Y Alfonso corrió á comunicársela á su familia y al bueno de don Felipe, después de haber reiterado á don Francisco la seguridad de que

haría por él cuanto pudiera hasta obtener su curación.

Aquel nuevo encuentro del polizonte y el estudiante que podía haber sido fatal para los dos, fué beneficioso por el temor que se apoderó de aquél, y por la generosidad de éste.

CAPÍTULO VIII.

En Madrid.

Alfonso pudo observar que la animación en las calles y plazas de Madrid se acentuaba de un modo notable.

Todos los rostros parecían placenteros.

Y no era esto una ilusión de óptica del joven, que con más ansia que nunca esperaba el momento de la revolución, porque la revolución le devolvería á su padre y á su amigo Rafael, á quien profesaba un cariño de hermano.

No, no era una ilusión de óptica. Todos los que como nosotros recuerden aquella época y aquellos días, saben que no exajeramos.

En todas partes se formaban corrillos, y los transeuntes se acercaban, y se hablaban sin conocerse, pidiendo y dando noticias y comentando los sucesos.

Ya era un hecho oficial la dimisión y la fuga de González Bravo, que se había internado en Francia.

La reina encargó el poder al general don Manuel de la Concha, marqués del Duero.

Y se decía que el general Concha llamó á su despacho á todos los jefes y oficiales de la guarnición de Madrid, no sólo para saber si podía contar con ellos, sino para interesarlos en favor del príncipe Alfonso, caso de que Isabel II se decidiera á abdicar en él la corona.

¿Qué significaba esto?

Que el trono se batía en retirada.

Que los adictos á las viejas instituciones comprendían que su ruina era inevitable.

Algunos jefes se adhirieron con calor á las frases del ministro.

Pero la mayoría de la oficialidad se mantuvo fría y reservada, ya fuera por desamor al trono, ya porque el contingente revolucionario era tan formidable que una séria resistencia traería consigo una desastrosa guerra civil.

En suma, que el ejército se mantenía á la expectativa.

El pueblo, aunque en la incertidumbre, tenía grandes esperanzas.

Cierto que el gobierno había conseguido dominar la insurrección de Béjar y de Santander.

Pero se decía que en este último punto los mismos regimientos que habían ayudado al general Calonge á dominar la insurrección, se habían insurreccionado á su vez, tan pronto como el general abandonó la plaza.

Aún iban mejor las cosas en Andalucía.

Las guarniciones de Sevilla, Granada y Córdoba habían respondido al movimiento de Cádiz.

Y el duque de la Torre, con estas fuerzas, tenía ya organizado un ejército respetable.

Tenía generales, y generales de valía, jefes, oficiales y soldados, todo un ejército regular, con infantería, caballería, artillería, Estado Mayor, administración, sanidad, todo lo necesario.

Contra estas fuerzas se dirigía el marqués de Novaliches, con otro ejército de diez y seis mil hombres.

Pronto, muy pronto debían encontrarse.

¿Cuál sería el resultado del choque?

El pueblo de Madrid esperaba noticias con ansiedad.

Pero no dudaba del éxito.

El triunfo debía ser de la revolución.

Y las autoridades lo temían así, como lo probaba el hecho de que no aparecía un polizonte por ninguna parte, y la guardia veterana se mostraba circunspecta.

Y aunque por bando se prohibían los corrillos, los corrillos se formaban, y no ya corrillos, sino grupos numerosos, y nadie era osado á disolverlos.

Ya no había prisiones, ni atropellos, ni situación de fuerza.

Madrid quedaba por el pueblo.

CAPÍTULO IX.

En Andalucía.

Reinaba en Sevilla el más frenético regocijo.

Músicas, himnos, banderas, arcos de triunfo...

La alegría del pueblo llegaba hasta el delirio, hasta la locura.

El pronunciamiento de la guarnición de Sevilla, en el que nadie veinticuatro horas antes hubiera creído, aseguraba el triunfo de la revolución.

Y decimos que nadie hubiera creído en él porque en Sevilla se encontraba de segundo cabo el general Izquierdo, precisamente por exigencia del trono, y como el hombre de su confianza.

Y fué el general Izquierdo el que al frente de la guarnición se adhirió al movimiento revolucionario.

¿Cómo pudo ser esto?

Ya más de una vez lo hemos referido.

Hasta los altos funcionarios, hasta las personas más allegadas á las instituciones comprendían la necesidad de la transformación.

Era imposible que la sociedad española continuara en la esclavitud.

La revolución era una necesidad, y como necesidad se imponía.

Y de aquí que se adhirieran al movimiento revolucionario todas las jerarquías y todas las clases, desde el aristócrata al obrero, desde el sacerdote al campesino, desde el general hasta el soldado.

Ya lo hemos dicho, la revolución se respiraba en la atmósfera.

Corrían vientos revolucionarios.

Reinaba, pues, en Sevilla una animación extraordinaria.

Pero aquel regocijo no estaba exento de zozobras.

Si en los primeros momentos al hacer explosión la mina, pareció que el incendio iba á propagarse instantáneamente á toda España, más tarde pareció que este incendio quedaba circunscrito, y que el movimiento revolucionario se paralizaba.

Esperábanse con afán noticias de Madrid.

Y las noticias eran poco lisonjeras.

Madrid no respondía.

Esto desanimaba á muchos.

Pero otros con buen acuerdo comprendían la situación.

No se debía esperar un movimiento en Madrid: primero, porque allí se habrían concentrado fuerzas, que lo harían más que nunca difícil; y segundo, porque el pueblo se encontraba sin jefes de acción, pues todos ellos estaban en el extranjero, ó allí en Andalucía.

Y los que en Madrid quedaran procurarían contener al pueblo y no intentar descabelladas aventuras, porque en aquellos momentos de expectativa un descalabro en Madrid daría fuerza moral al gobierno y la quitaría á la revolución.

Todo era, pues, comentar noticias.

Notábase en Sevilla extraordinaria animación.

La calle de la Sierpe y la Campana parecían hervideros.

Era tal la aglomeración de gente, que se hacía imposible dar un paso.

Sevilla era á la sazón el centro revolucionario.

Allí el duque de la Torre organizaba sus fuerzas.

En un café de la calle de la Sierpe, sentados en un velador y procurando aislarse del tumulto, había dos personajes que merecen fijar nuestra atención.

Era uno de ellos muy joven, no llegaría á los veinticuatro años. Su descripción la hicimos en *La sangre de un héroe*, en las siguientes frases:

"....Era de estatura regular y aspecto distinguido. Su fisonomía simpática tenía esa luz, esa expresión, esa viveza de los seres superiores. Había en él una fuerza atractiva irresistible.

"Era ancha y despejada su frente, blanco pálido su color, rubio, casi castaño su cabello, rizado naturalmente, y rubio también el finísimo bigote que sombreaba su boca.

"Pero la expresión de su fisonomía estaba en sus ojos, grandes y azules, de mirada viva y penetrante, ora dulce y melancólica, ora fiera y altiva.

"Adivinábase en aquel joven rubio y pálido un corazón de héroe en un cuerpo vigoroso, á pesar de su aparente debilidad.

"Porque su palidez no era la de la linfa, era esa palidez nerviosa que nos revela un organismo dispuesto á los grandes arrebatos y á las grandes resistencias.

"Este temperamento da un carácter.

"Y este carácter es tierno hasta la docilidad ó exaltado hasta lo sublime.

"Que un hombre así vea una lágrima, y le vereis llorar; que encuentre una resistencia, un obstáculo en su camino y luchará hasta perder la vida, sin retroceder un paso.

"Persiguiendo una idea santa llegará hasta el martirio.

"Extraviado puede llegar hasta el crimen.

"No se detiene jamás en los términos medios.

"Siente grandes pasiones, y no ve más que los extremos absolutos en los problemas de la vida.

"Templado para la lucha, no ve otra disyuntiva que ésta: vencer ó ser vencido."

Tal era Rafael.

Es decir, tal era Rafael cuando le conocimos, antes del movimiento revolucionario del 22 de Junio de 1866.

En el tiempo transcurrido había tenido que sufrir la doble transformación que originan el tiempo y las penalidades.

Era capaz de grandes pasiones, y con todo su corazón amaba á una mujer: á Rosario.

Y con toda su alma rendía culto á una idea: á la idea de libertad.

Las circunstancias que le rodearon fueron tales, que la realización de sus amores sólo po-

día alcanzarla con el triunfo de la libertad, porque su tío don Bonifacio, hombre libertino y sin conciencia, que perseguía á Rosario, aprovechaba toda su influencia, y la tenía muy grande, para hacer su cómplice á la policía, y encarcelarle á él, y apoderarse de ella.

Rafael aceptó la lucha con toda la energía de su alma.

Y como para él la libertad significaba la redención y la dignificación de la patria, de aquí que como los antiguos paladines luchara á un tiempo mismo por la patria y por su amor, envolviendo estas dos grandes pasiones en un mismo culto.

Y venía sosteniendo la lucha desde entonces.

Gravemente herido el 22 de Junio de 1866, fué condenado á presidio, de donde consiguió fugarse á mediados del año siguiente, á tiempo de impedir que Rosario profesara en un convento.

Para hacerlo así tuvo que descubrirse, y rabiosamente perseguido por la policía, no fué poca fortuna que consiguiera escapar, refugiándose en Francia, por los días en que se pronunciaron las fuerzas de carabineros de los valles de Hecho y Ansó.

Tomó parte en la acción de Llinás de Mar-

cuello, y noticioso por su amigo Alfonso, que allí se le reunió, de que Rosario había sido presa en Madrid por las intrigas y denuncias de don Bonifacio, corrió á Madrid el joven, y dejándose arrastrar por su carácter que le impelía á la lucha de frente, se presentó en casa de su tío para pedirle cuenta de su conducta, y sin la oportuna intervención de Alfonso, ¡quién sabe hasta dónde hubiera podido llegar!

Por denuncia de su tío fué preso nuevamente y deportado á Fernando Póo.

Cerca de Canarias se fué á pique la goleta que le conducía. Rafael consiguió salvarse en un bote, con el señor Clemente, que en el mismo buque iba deportado también, y después de horribles penalidades que referidas quedan en *La mina de fuego*, llegaron á Europa.

No pudo el joven comunicar con sus amigos, no pudo hasta el momento de la revolución de Cádiz entrar en España, y así nada sabía de Rosario, ignorando que ésta se encontraba libre en París.

Todos estos pesares dejaron honda huella en el semblante del joven, que los dolores del alma son más que los dolores físicos angustiosos y más profundamente marcan un sello indeleble en el rostro de los desgraciados.

Había, pues, una diferencia entre el Rafael

que antes describimos y el Rafael que hoy presentamos á nuestros lectores.

Aquellos ojos llenos de vida y de luz propia que daban carácter y expresión á su fisonomía, diríase que estaban medio apagados. Su viveza habíase trocado en taciturnidad.

Pero no. Aún en ellos había luz, si bien era una luz profunda, que parecía brillar en el fòndo. Y resultaba una luz sombría.

Habíanse oscurecido sus cabellos, y entre sus rizos naturales plateaban muchas canas prematuras.

Llevaba el joven toda la barba; pero descuidada, mal puesta, desigual.

El color de su rostro había cambiado también. Estaba como tostado, requemado por el sol. Sólo la frente conservaba su nítida blancura, y esta blancura formaba contraste con el color más moreno del resto, como si el joven llevara una mascarilla.

No había perdido Rafael su energía moral.

Por el contrario, la lucha le había templado más y más para la resistencia.

Pero con un mayor conocimiento de los hombres y de las cosas, eran sus resoluciones más meditadas.

No había tampoco perdido su entusiasmo por la causa de la libertad.

Todas sus desventuras y los atropellos de que había sido víctima aquel angel á quien amaba, tenían su origen en la insoportable tiranía que cerraba todas las puertas á la justicia y al derecho. Por otra parte, si Rosario no había muerto, sólo con el triunfo de la revolución podía encontrarla.

Y si ya no existía... ¡Ah! Entonces Rafael, después de contribuir en el límite de sus fuerzas al éxito de las nuevas ideas, habría cumplido su misión en el mundo.

En el señor Clemente habían hecho mella también las penalidades, abatiendo sus fuerzas físicas; pero no aquel entusiasmo juvenil que le llevaba á exponer su vida en todos los motines, asonadas y revoluciones que se habían sucedido en España desde el año 48.

Los dos amigos conversaban aislados en lo posible del tumulto, y á un mismo tiempo trataban de sus asuntos particulares y de las noticias que corrían por la ciudad.

—Creo,—dijo el señor Clemente,—que hubieras hecho bien en quedar al lado del general Prim.

—No. El general Prim se propone recorrer toda la costa del Mediterráneo, con la fragata *Zaragoza* para obligar á las plazas fuertes á adherirse al movimiento.

—Y bien...

—Y yo quiero irme acercando á Madrid, colocándome siempre en la vanguardia de la revolución. Si hoy se confirma la noticia del pronunciamiento de Córdoba, iré á Córdoba sin perder un minuto.

—Y yo contigo.

—Es natural.

—¿Pero qué te propones?

—Llegar á Madrid cuanto antes. ¡Ah! Los minutos me parecen siglos, los días me parecen eternos... Usted lo sabe, amigo Clemente. Mi vida es una angustia horrible.

—¿Tienes esperanza aún de encontrar á Rosario?

—Por lo menos sabré lo que ha sido de ella. Mi buen amigo Alfonso no habrá dejado de seguir su pista.

—Mi hijo Alfonso habrá cumplido con su deber. En eso no cabe duda.

—Hé aquí, pues, mi proyecto. Ir avanzando á medida que la revolución se extienda hacia Madrid.

—¿Y no crees que intente cerrarnos el paso el marqués de Novaliches, que según se dice acude con un ejército?

—Es posible. En tal caso el éxito de la revolución dependerá de una batalla. Asistiremos á